

# LOS ÁNGELES EXISTEN, YO HE VISTO UNO

(Giulia Songini, Roma 1991-2007)

di Pedro Aliaga

Sus padres, Paolo y Anna, son de esas personas buenas y cariñosas porque sí. Cristianos de los de verdad, los recuerdo todos los domingos en la misa de San Carlino, animando la celebración con los cantos y las lecturas. Eran - son - de esos buenos amigos de la comunidad, que compartían sus cosas con nosotros, en inolvidables momentos de charla en el jardín. La más grande de las alegrías para este joven matrimonio, nos llegó como noticia sorprendente un domingo de 1991: una caja de "Cardenal Mendoza" en la sacristía, con un biberón dentro. ¡Iban a ser padres! Y un día de san Juan de Mata, 17 de diciembre de 1991, nació ella. Giulia. Tenía que nacer en esa fecha...

Los lectores se podrán imaginar la fiesta que era los domingos ver llegar a San Carlino a los papás con la criatura en el carrichoche. Veinte frailes en corro, hablando quedo, quedito, para no despertarla, dedicándole lo mejor de las bendiciones y piropos del repertorio español e italiano para celebrarla. Paolo y Anna querían que se bautizara en San Carlino, "su iglesia". No fue posible, por aquello de que no es parroquia. Pero como todo tiene arreglo en esta vida, fue bautizada en San Vitale. Y allá nos fuimos los frailes con guitarras y bandurrias, para cantar las alegrías de Giulia cristianándose. Y después, la celebración fue en el jardín del convento, con brindis y risas, con Paolo y Anna que no cabían en sí de contento, con los abuelos y demás familia, y la chiquitina bullendo en su capazo. Vestida de blanco.

Hoy, 19 de marzo de 2007, también va vestida de blanco. Las flores le hacen corro en un impresionante tapiz de ramos que cubren el crucero de la parroquia San Giovanni B. de Rossi. Ha empezado la misa, y enfrente de mí tengo a Paolo y Anna, llorando. A los abuelos, a los tíos. Y rápidamente me doy cuenta de que, en estos quince años, me he perdido algo. No, no lo digo sólo por algo tan raro, en una gran ciudad, como es ver a 2.000 personas juntas en un funeral, llorando al unísono con un llanto sereno, más de admiración y cariño que de dolor desesperado. Tampoco lo digo porque, entre mis años en España, y que esta querida familia celebra ahora la Eucaristía dominical en Santo Tomás in Formis (primera casa de la Orden en Roma), a Giulia la he visto sólo en dos ocasiones, de paso, recordándole las fiestas de su nacimiento. Guapa, guapísima de simpatía y de dos ojos preciosos. Digo que me he perdido algo, porque escuchando a Arsenio, que preside el funeral, trinitario muy amigo de la familia, y oyendo los testimonios de amigos y compañeros, en una celebración como yo no recuerdo otra (se reza con lo que se habla y se oye, en una amalgama de paz cruzada con dos mil llantos, también el mío), me doy cuenta de que estoy viviendo uno de esos momentos que merece la pena haber vivido. Que son una gracia de Dios. Como Giulia.

Era una chica sencillamente encantadora. Comprometida en los estudios, buena compañera, amiga fiel y entusiasta de las buenas cosas. Cristiana, como sus buenos

padres. Todos los domingos participaba en la misa en Santo Tomás, ayudando a Arsenio en la celebración, leyendo las lecturas. Precisamente allí la vi, ahora lo recuerdo, hará unos seis o siete años, saltando como una cría que era, en las escaleras del jardincillo de la iglesia. Y con una precoz e intensa vocación misionera. Le dolía el dolor y la pobreza de los más pobres, sobre todo de Africa. Y, a diferencia de muchas de nuestras reacciones, que se quedan en un lamento poco más que estéril, Giulia soñaba con irse al Africa como misionera; eso sí, "con un chico", porque tenía decidido casarse "con un marido bien guapo". Y más acá de los sueños, colaboraba con las misiones trinitarias de Madagascar, y fue de las más decididas colaboradoras del proyecto "Una escuela para Malawi" promovido por su colegio.

Fue en octubre de 2005 cuando se le manifestó la cruel y fatídica enfermedad, un tumor óseo, que la ha llevado por hospitales de Bolonia y Roma, en busca de una curación que no ha llegado. Durante el año y medio de su calvario, nunca se ha quejado, y ha tratado de mantener siempre la sonrisa, teniendo siempre palabras de cariño y agradecimiento hacia los médicos y enfermeras que la han atendido, dando un ejemplo de paciencia y serenidad que ha dejado sorprendidos a cuantos la han conocido. Devota de la Virgen, en los momentos de mayor abatimiento rezaba el rosario, pidiendo la cercanía de María.

En los últimos meses, la metástasis hizo que, progresivamente, el tumor se extendiera de la pierna a la espalda y pulmones, no pudiendo ni siquiera acostarse para descansar. Ha pasado un mes en el Policlínico Gemelli, en cuidados sedativos, para evitarle los dolores propios de la enfermedad. En estas circunstancias, en la Navidad pasada, Giulia escribió una carta a sus padres; un texto estremecedor, que fue leído íntegro en el funeral, con la emoción que los lectores podrán imaginarse, y que revela una espiritualidad y fuerza de ánimo extraordinarios. La frase central: "Yo no soy la persona más desafortunada del mundo, porque hay otras que tienen que luchar contra el hambre y la pobreza". Y, a renglón seguido, daba a sus padres su regalo de Navidad: la adopción a distancia de un niño en Madagascar y de otro en la India, a través de las Misiones Trinitarias.

Fue pocos días antes de dormirse definitivamente cuando Giulia confió a su madre que quería irse de misionera al Africa. Y que, en sueños, había visto a su abuelo, recientemente fallecido, que "la acompañaba hacia Jesús"; ella iba vestida de blanco, y se acercaba al altar, donde estaba el sagrario.

Giulia ya se ha marchado a la otra orilla. En la otra ribera quedamos los demás, su familia, su colegio, sus profesores, sus compañeros, sus amigos, médicos y enfermeras, testimoniando que Giulia vive en Dios y para Dios, y aquí estamos nosotros para ser un símbolo de esa vida nueva que ella ha recibido, con nuestro cariño hacia este ser único. Preguntándonos, en lo más oculto del alma, por el secreto de tanta generosidad y alegría, y haciendo un ineludible examen de conciencia.

El 24 de abril, el alcalde de Roma, Walter Veltroni, ha ido al colegio de Giulia. Sus compañeros de clase, al día siguiente del funeral, le escribieron una carta, contándole la historia de su amiga. Y el alcalde vino en persona, para hacer un homenaje a esta pequeña romana, al que asistieron sus padres. Pocos días después, Veltroni iría a Malawi, para inaugurar la escuela "Roma", en cuyo proyecto había colaborado Giulia, prometiendo que

una de las aulas llevará su nombre. “Ejemplo máximo de altruismo y de alegría de vivir”, la definió el alcalde, bajo una pancarta confeccionada por sus compañeros, que decía “Giulia, un ángel entre nosotros”. Y Anna, la mamá, afirmó, siguiendo aquello que su hija le había escrito en Navidad: “Giulia no ha sido desafortunada, porque no se dejó vencer por la enfermedad, y ha vivido verdaderamente todos y cada uno de sus 16 años”.

Historias como ésta merecen ser contadas. Si tuviera los medios a mi alcance, pondría a Giulia en las cabeceras de periódicos y telediarios, como una buena noticia de una joven y extraordinaria chica que, como diría Veltroni, ayuda a tener vivo el sentido maravilloso de estos jóvenes que en una sociedad caótica y cínica, continúan creyendo en los valores de la solidaridad. Giulia es una señal de esperanza dada por Dios a cuantos la hemos conocido. Esta amiga de nuestra Familia Trinitaria ha sido y es un ángel que nos acompaña con su bondad y sonrisa. Un ángel al que he podido ver y saludar, y que acompañará siempre mi fe y mis recuerdos, con la sencillez de verla saltando en las escaleras del Celio. Sólo por haberla conocido me siento privilegiado y doy gracias a Dios. Y le pido que, desde allí arriba, siga dándonos motivos para soñar con un cielo y una tierra nuevos.

Traduzione:

## **GLI ANGELI ESISTONO, IO NE HO VISTO UNO**

(Giulia Songini, Roma 1991-2007)

**di Pedro Aliaga**

I suoi genitori, Paolo e Anna, sono di quelle persone buone e affettuose, perchè lo sono, Cristiani di quelli veri, li ricordo tutte le domeniche nella messa di San Carlino, animando la celebrazione con canti e letture. Erano – sono – di quei buoni amici della comunità, che condividevano le loro cose con noi, in indimenticabili momenti di chiacchiera nel giardino. La più grande gioia per questa giovane coppia, ci è arrivata come notizia sorprendente una domenica del 1991: una scatola di “Caridinal Mendoza” in sacrestia, con un biberon dentro. Stavano per diventare genitori! E un giorno di San Giovanni de Matha, il 17 dicembre 1991, è nata Giulia. Doveva nascere in questa data!

I lettori potranno immaginare la festa che c’era le domeniche a San Carlino Quando vedevamo arrivare i genitori con la creatura nella carrozzina. Venti frati intorno alla carrozzina, parlando piano, piano per non svegliarla, dedicandole le migliori benedizioni e complimenti del repertorio spagnolo e italiano per celebrarla. Paolo e Anna volevano battezzarla a San Carlino, “la loro Chiesa”. Non è stato possibile, perchè non è parrocchia. Però dato che in questa vita tutto si può sistemare, è stata battezzata a San Vitale. E noi frati siamo andati lì con chitarre e mandolini, per cantare la gioia di Giulia che diventava cristiana. Dopo la celebrazione siamo andati nel giardino del convento, a brindare e ridere, con Paolo e Anna che non si contenevano dalla gioia, con i nonni e gli altri familiari, e la piccolina che mormorava nella culla vestita di bianco.

Oggi, 19 marzo 2007, è ancora vestita di bianco, i fiori la circondano in un impressionante tappeto di rami che coprono la navata della parrocchia San Giovanni Battista de Rossi. E’ iniziata la Messa e di fronte a me ho Paolo e Anna in lacrime, i nonni e gli zii. Rapidamente mi rendo conto che, in questi quindici anni, ho perso qualcosa. No, non lo dico solo per qualcosa di così raro, in una grande città, come vedere 2.000 persone unite in un funerale, piangendo all’unisono con un pianto sereno, più di ammirazione e simpatia che di dolore disperato. Non lo dico neanche perchè risulta che tra gli anni che sono stato in Spagna ed il fatto che adesso questa cara famiglia celebra l’Eucarestia domenicale a San Tommaso in Formis (prima casa dell’Ordine a Roma), ho visto Giulia soltanto in due occasioni, di sfuggita, ricordandole la festa della sua nascita. Bella, bellissima, simpatica con occhi preziosi, dico che ho perso qualcosa, perchè ascoltando Arsenio, che presiede il funerale, trinitario molto amico della famiglia, e udendo le testimonianze di amici e compagni, in una celebrazione come io non ricordo altra (si prega con ciò che si dice e si ascolta, in una mescola di pace trafitta da duemila lacrime, anche le mie), mi rendo conto che sto vivendo uno di quei momenti che vale la pena di essere vissuto. Che sono una grazia di Dio, come Giulia.

Era una ragazza semplicemente incantevole, impegnata negli studi, buona compagna, amica fedele ed entusiasta delle buone cose. Cristiana, come i suoi bravi genitori. Tutte le domeniche partecipava alla Messa a San Tommaso, aiutando Arsenio nella celebrazione,

leggendo le letture. Precisamente lì l'ho vista, ora ricordo, saranno sei o sette anni fa, che saltava come la creatura che era, tra le scale del giardino della chiesa. Con una precoce ed intensa vocazione missionaria, si rattristava per il dolore e la povertà dei più poveri, soprattutto dell'Africa. Ma a differenza di molte nostre reazioni, che sfociano in un lamento poco più che sterile, Giulia sognava di andare in Africa come missionari; questo si "con un ragazzo", perchè voleva sposarsi con un marito molto bello". Oltre ai sogni, collaborava con le missioni trinitarie del Madagascar, ed è una delle maggiori collaboratrici del progetto "Una scuola per il Malawi", promosso dalla sua scuola.

Nell'ottobre 2005 si è manifestata la crudele e faticosa malattia, un tumore osseo, che l'ha portata ad entrare negli ospedali di Bologna e Roma, in cerca di una guarigione che non è arrivata. Nell'anno e mezzo del suo calvario, non si è mai lamentata, e ha cercato di mantenere sempre il sorriso, avendo sempre parole buone e di apprezzamento per i medici ed infermieri che l'hanno curata, dando un esempio di pazienza e serenità che ha lasciato sorpresi quanti l'hanno conosciuta. Devota alla Vergine, nei momenti di maggiore abbattimento, recitava il Rosario, chiedendo la vicinanza di Maria.

Nell'ultimo mese, la metastasi ha fatto sì che, progressivamente, il tumore si estendesse dal femore alle spalle e ai polmoni, non potendosi neanche stendersi per riposare. Ha passato un mese al Policlinico Gemelli, curata con sedativi, per evitarle i dolori della malattia. In queste circostanze, lo scorso Natale, Giulia ha scritto una lettera ai suoi genitori; un testo straziante, che è stato letto integralmente al funerale, con l'emozione che i lettori possono immaginare, e che rivela una spiritualità e una forza d'animo straordinari. La frase centrale "Io non sono la persona più sfortunata del mondo, perchè ci sono altri che devono lottare con la fame e la povertà", e nelle righe seguenti, dava ai suoi genitori il suo regalo di Natale: l'adozione a distanza di un bambino in Madagascar e un altro in India, attraverso le missioni trinitarie.

Fu pochi giorni prima di addormentarsi definitivamente che Giulia confidò a sua madre che voleva andare missionaria in Africa, e che in sogno, aveva visto suo nonno, recentemente scomparso, che "l'accompagnava verso Gesù"; lei era vestita di bianco, e si avvicinava all'altare, dove stava il sagrato.

Giulia ha varcato l'altra sponda. Sull'altra riva restiamo noi altri, la sua famiglia, la sua scuola, i suoi professori, i suoi compagni, i suoi amici, medici e infermieri, testimoniando che Giulia vive in Dio e per Dio, e qui stiamo noi per essere un simbolo di questa vita nuova che lei ha ricevuto, con il nostro amore verso questo essere unico. Chiedendoci, nel più profondo dell'anima, il segreto di tanta generosità e gioia, e facendo un ineluttabile esame di coscienza.

Il 24 aprile, il sindaco di Roma, Walter Veltroni, si è recato alla scuola di Giulia. I suoi compagni di classe, il giorno successivo al funerale, gli avevano scritto una lettera, raccontandogli la storia della loro amica. Il sindaco è venuto di persona, per rendere omaggio a questa piccola romana, alla presenza dei suoi genitori. Pochi giorni dopo, Veltroni andrà in Malawi, per inaugurare la scuola "Roma", al cui progetto aveva collaborato Giulia, promettendo che una delle aule prenderà il suo nome. "Esempio di massimo altruismo e di gioia di vivere", l'ha definita il sindaco, sotto uno striscione fatto

dai suoi compagni, che diceva "Giulia, un angelo tra noi". Anna, la mamma, ha affermato, seguendo ciò che sua figlia le aveva scritto a Natale: "Giulia non è stata sfortunata, perchè non si è lasciata vincere dalla malattia, e ha vissuto veramente tutti i suoi 16 anni".

Una storia come questa merita di essere raccontata. Se avessi i mezzi in mio potere, porterei Giulia alla ribalta dei giornali e dei telegiornali, come una buona notizia di una giovane e straordinaria ragazza che, come ha detto Veltroni, aiuta a tenere vivo il senso meraviglioso di questi giovani che nella società caotica e cinica, continuano a credere nei valori della solidarietà. Giulia è un segno di speranza dato da Dio a quanti l'hanno conosciuta. Questa amica della nostra Famiglia Trinitaria è stata ed è un angelo che ci accompagna con la sua bontà e sorriso. Un angelo al quale io ho potuto vedere e salutare e che accompagnerà sempre la mia fede e i miei ricordi, con la semplicità di vederla saltando sulle scale del Celio. Solamente per averla conosciuta mi sento privilegiato e rendo grazie a Dio. E le chiedo che, da lì su, continui a darci motivi per sognare con un cielo e una terra nuovi.

